

APERTURA DEL AÑO JUBILAR
(Catedral de Badajoz, 29 de diciembre 2024)

Queridos hermanos: ¡*El Señor os dé la paz!*

Saludo a cuantos nos acompañáis en este día tan señalado, tanto a los presentes en esta Iglesia Catedral Metropolitana como a los que estáis siguiendo la celebración en vuestras casas a través de los medios de comunicación del Arzobispado.

Estamos viviendo un momento muy especial en el que deseo hacer mías las palabras del profeta que Jesús hace tuyas en la sinagoga de Nazaret: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, a los ciegos la vista, a poner en libertad a los oprimidos, a proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4, 18). Eso queridos hermanos es precisamente lo que os vengo a proclamar: *un año de gracia del Señor*, pues eso es el Año Jubilar que iniciamos hoy en esta santa Iglesia Catedral Metropolitana de Badajoz y que, instituido por el papa Bonifacio VIII, se remonta al Antiguo Testamento.

Un Año Jubilar que quiere ser una invitación a renovar y “reavivar nuestra esperanza” (SnC 1) en Aquel al que confesamos como “nuestra esperanza” (1Tim 1, 1), la única “esperanza que no defrauda” (Rom 5, 5). Esto será posible si realmente hacemos de esta Año “un momento de encuentro vivo y personal con el Señor Jesús, la única puerta de salvación (cf. Jn 10, 7.9). Será el encuentro personal y comunitario con Jesús lo único que nos podrá cambiar, de tal modo que pasemos de lo bueno a lo mejor, lo único que podrá reavivar nuestra esperanza, esperanza que tiene un nombre: Cristo Jesús, pues solo él “es nuestra esperanza” (1Tim 1, 1). Precisamente por ello, la esperanza es el elemento dinamizante de nuestra vida.

Por ello también no podemos hablar de vida cristiana sin *esperanza cierta*, porque está fundada en la certeza de que “nada ni nadie podrá separarnos nunca del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor” (Rom 8, 35-39). La esperanza es la que define, junto con la fe y la caridad, la vida cristiana, sabiendo que la fe se mantiene gracias a la esperanza y que ésta se nutre de la caridad y se mantiene viva gracias a la paciencia (cf. SnC 4). Y todo, gracias al Espíritu Santo, que en todo momento da apoyo y vigor a nuestra vida.

Así como sin un encuentro existencial con Cristo no hay vida cristiana, así tampoco habrá vida cristiana sin esperanza. Por eso el cristiano sabe que para él la esperanza no es una posibilidad, es una *responsabilidad*. De ella hemos de dar razón a quienes nos la pidan: “Estad siempre prontos a dar razón de vuestra esperanza”, escribe san Pedro en su Primera Carta (3, 15). En la época de la incertidumbre”, bien descrita por Zygmunt Bauman, en el tiempo de la fragmentación, de las *esperanza cortas*, son muchos los que nos preguntan, como ya lo hacían en tiempo de san Hilario de Poitiers: “¿Dónde está cristianos vuestra esperanza?” (Comt. a los Salmos, 118, 15, 7)

Si cierto es que todos esperamos, también es cierto que la incertidumbre del futuro “hace surgir sentimientos a menudos contrapuestos: de la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda” (SnC 1). Por otra parte en medio de la oscuridad podemos percibir la luz gracias a la esperanza, así como en cualquier tipo de tribulación y de sufrimiento podemos mantenernos en pie gracias a la esperanza. Es pues el momento de reavivar la esperanza que nace del amor y se funda en el amor que brota del Corazón de Jesús traspasado en la cruz.

Hemos iniciado esta celebración con una procesión desde la Iglesia de San Juan Bautista hasta la Catedral. La peregrinación fue desde el principio un elemento importante en los Años Jubilares. Ella nos recuerda que somos *peregrinos de la esperanza*, como reza el lema de este Año, y buscadores del sentido de la vida. Pongámonos en camino, sintámonos peregrinos a los lugares y espacios jubilares, haciendo de estos lugares y espacios jubilares “oasis de espiritualidad en los cuales podamos revitalizar el camino de fe y beber de los manantiales de la esperanza sobre todo acercándonos al sacramento de la Reconciliación, punto insustituible para un verdadero camino de conversión”. Siguiendo cuanto nos pide el papa Francisco, cuidemos, pues, en estos lugares “de modo especial la preparación de los sacerdotes y de los fieles para las confesiones y el acceso al sacramento en su forma individual” (SnC 5). Facilitemos el encuentro con el “Rostro de la misericordia de Dios, anuncio central del Evangelio para todas las personas de todos los tiempos” (SnC 5).

Hemos abierto la Puerta Santa de esta Catedral que permanecerá abierta todo el Año Jubilar. Hay muchos títulos de Jesús. Él dice de sí mismo que él es el camino, la verdad, la vida, el buen pastor. Pero lo que es más difícil de entender para nosotros es que Jesús es la puerta. ¿Qué significa en el contexto del Evangelio de hoy? Jesús es la puerta, es decir, la respuesta a todas las necesidades humanas: seguridad, relaciones con los demás, necesidades materiales y espirituales. Jesús no solo da su vida por las ovejas (como el buen pastor), sino que es nuestro paso a la vida. En Él está nuestra salvación. La apertura de la “puerta santa” de nuestra Catedral nos recuerda a Cristo *Puerta*. Atravesándola hagamos experiencia viva del amor de Dios “que suscita en el corazón la esperanza cierta de la salvación en Cristo” (SnC 6). Peregrinos de esperanza, sembramos esperanza donde hay desesperación y, en todo momento, seamos nosotros mismos signos de esperanza para los jóvenes, para los ancianos, para vulnerables de todo tipo: los inmigrantes, los sin techo, los enfermos... Llevemos a las periferias de nuestra ciudad, tanto las existenciales como aquellas donde falta la luz del Evangelio, la esperanza que nos trae la Buena Noticia del Evangelio.

Hoy celebramos el día de la familia. No hay familia perfecta. No hay que temer a las dificultades, a la imperfección, a la fragilidad ni siquiera a los conflictos. Lo importante es que todos nos aceptemos con los propios límites y pecados. Así la familia se convertirá en escuela de perdón y de amor. En una familia en la que sus miembros se perdonen, hay amor, hay semilla de paz y de esperanza. Puede haber discusiones, personas con las que nos enojamos, dificultades de todo tipo, pero si hay amor todas ellas se superarán. La familia está llamada a ser esa semilla de amor que nos fortalece para superar esas dificultades. Para ello aprendamos a pedir perdón, por favor y gracias. En medio de una cultura reinante de lo provisorio y lo relativo, defendamos la familia de las amenazas de colonizaciones ideológicas, recordando que formar una familia es una de las formas más bellas de ser revolucionario, porque es entregarse a que el amor venza el odio y convertirse en peregrinos de esperanza. Es lo que deseo para esta Iglesia particular de Mérida-Badajoz: que seamos una familia; es lo que deseo para todas las familias. Por ello oro y por ello os pido que oréis siempre. *Fiat, fiat, amen, amen.*